

Era cosa convenida entre la señora de Lebre-
tón y Francisco, que éste aprovecharía la quin-
cena de las amonestaciones para visitar á sus
padres y pedirles el consentimiento para la bodas.
Como es fácil suponer, este trámite, de pura
fórmula, se despachó sin el menor obstáculo por
parte de la familia de Pommeret. El proyectado
enlace era un negocio magnífico y realmento
inesperado para aquellos modestos burgueses que
habían ganado el pan de sus hijos con el sudor
de la frente. Ni el padre ni la madre del guarda-

general se preocuparon de la diferencia de edad entre su hijo y su futura nuera; tampoco se detuvieron á pensar si aquel matrimonio, que era un cambio de juventud por dinero, ofrecía probabilidades de dicha para el porvenir. Los millones de la señora de Lebreton, los cegaron. Llorando de júbilo abrazaron á Francisco y se apresuraron á publicar pomposamente por el pueblo la grata noticia. Una sola cosa les disgustaba: ante la actitud poco benévola del vecindario de Auberive, Adriana significó el deseo de que la ceremonia se celebrase sin ostentación, con la mayor sencillez posible y sin más invitados que los cuatro testigos. Se acordó, pues, que la madre de Francisco, por sus achaques de salud permaneciese al cuidado de la casa, y que el padre fuese á Auberive la víspera del casamiento. Una vez adoptadas estas resoluciones y después de recibir besos, abrazos, bendiciones y consejos maternos, el joven, un buen día de Septiembre, tomó el tren para regresar á Langres.

Cuando llegó al hotel, ya se había marchado el coche para Auberive; como la mañana era hermosa y el guarda-general tenía buenas piernas, no quiso esperar la salida de otro ómnibus y resolvió irse andando por el atajo. El viaje pe-

destre resulta tanto más agradable cuanto que toda la segunda mitad del camino corre á través del espléndido bosque de Montavoir, el cual, en otoño, resulta un paseo agradabilísimo, hasta las personas poco sensibles á las bellezas del paisaje.

El cielo estaba despejado; la tierra, bañada por el abundante rocío matinal, tenía blandura elástica que hacía cómodo el andar. Céfiro suave acariciaba el ramaje ya áureo de las hayas, arrancando y moviendo en mariposeos las primeras hojas muertas. De las hierbas húmedas surgía ese olor anisado de trufas, que es característico de los bosques en otoño. Francisco, de excelente humor ante la hermosura del día y ante la idea de haber ya casi despachado los preliminares del matrimonio, caminaba alegremente. Había llegado á las cumbres que se alzan entre Auberive y Rouelles y, descendiendo por las zigzagueantes veredas que corren hasta el final de la vertiente, principiaba ya á distinguir, entre la arboleda, los prados en los cuales se hacía la segunda siega de los pastos, las techumbres pizarrosas de la Mancienne y las primeras casas del pueblo, empenachadas de humo azul y bañadas de sol. Al volver un recodo del camino, escuchó en la espesura crujir de ramas tronchadas, y,

acordándose de los deberes que le imponía el cargo, frunció las cejas pensando que en sus barbas y en *su* bosque se estaba perpetrando un delito. Queriendo, por lo menos, amonestar al delincuente, se deslizó con prontitud entre los matorrales, apartó con viveza los vástagos de los cornizos y llegó hasta un raso donde, con asombro, contempló un espectáculo inesperado.

En la cruz de un robusto manzano silvestre se hallaba encaramada una criatura extraña, perteneciente al sexo femenino. Sin pizca de consideración hacia el « frutal » que había tomado por asalto, tronchaba hermosas ramas cargadas de verdes pomas y las distribuía generosamente á dos arrapiezos harapientos que se revolcaban al pie del árbol y que se escabulleron precipitadamente al ver al guarda-general. La merodeadora, empujada entre el ramaje espeso, no podía salir con facilidad del paso. Agarró una rama, la apartó violentamente y, al encontrarse con que no le quedaba escapatoria, permaneció un momento con la boca abierta.

Era una jovencita que, juzgando á primera vista, calculó Francisco que podría tener catorce ó quince años de edad. Efectivamente parecía no haber salido de la adolescencia. El busto aun no

formado, el pecho liso y el talle fino, todavía no habían alcanzado pleno desarrollo; las manos, muy coloradas, correspondían á unos brazos larguísimos, que resultaban más largos por la estrechez y la cortedad de las mangas de la blusa que los enfundaban. Sin embargo, la parte inferior del cuerpo, casi completamente modelada, indicaba que cuando el crecimiento hubiese terminado, todas las angulosidades estaban llamadas á desaparecer; las caderas mostraban redondeces bajo la falda ceñida, y, por efecto de la posición en que se hallaba la jovencita, las piernas colgantes y bien contorneadas, mostraban los tobillos y los pies elegantes, pequeños, arqueados, calzados con botitas faltas de muchos botones. La cabeza, que asomaba entre la hojarasca, era tan original, por lo menos, como el traje de la criatura. Rostro alargado, nariz respingoncilla, boca grande con labios muy encendidos, hermosos ojos leonados, entrecejo fruncido, pómulos salientes, cutis blanco sembrado de pecas, y, como remate, abundante cabellera rubio rojiza, ensortijada cual vellones de lana y cayendo suelta por la espalda. Y en la contracción de la boca, y en el aleteo de las ventanillas de la nariz, y en los hoyuelos de la cara, y en el brillo de los

ojos, un relampagueo de audacia y de malicia pasaba rápidamente por intervalos, como pasa un fognazo de sol por la llanura en día de tempestad.

— ¿ Por qué estropea usted este árbol y da, así, mal ejemplo á los pilletes del pueblo? — preguntó severamente Francisco á la culpable.

— ¡ A usted qué le importa! ¡ Váyase á paseo! — contestó la jovencita, con tono de niño mal educado; luego, como al formular esta respuesta impertinente, se fijó en su interlocutor y comprobó, por la cara y por el traje, que era una persona decente, añadió á guisa de explicación: — ¡ Esto me divierte!... ¡ Supongo que tengo el derecho de divertirme!

— No es esta diversión adecuada para una joven... Además, este árbol no es de usted, y los daños que en él ha ocasionado se castigan con una multa.

— ¡ Bah! ¡ Mi madre pagará la multa!

— ¿ Quién es la madre de usted?

— La señora de Lebreton, la dueña de la Mancienne... Si es usted de esta localidad, seguramente debe conocerla.

Francisco no pudo reprimir un movimiento de sorpresa desagradable. ¡ Aquella era la hija adop-

tiva, la justamente apodada Montaraz! Le produjo el efecto de una muchachuela bastanté, excéntrica y resuelta. La coyuntura era propicia para conocer el carácter de aquella extraña hijastra que estaba destinada á vivir en el hogar conyugal; Pommeret decidió continuar el interrogatorio, conservando el incógnito.

— No soy de esta localidad — replicó con laconismo. Luego, añadió con gesto indiferente: — ¡ Ah! ¿ Es usted hija de la señora de Lebreton? Creí que esa señora no tenía hijos.

— Soy su hija adoptiva — murmuró con impaciencia la joven — ... ¿ Y qué más?...

— ¡ Felicito á esa señora! — exclamó irónicamente Francisco — Y ¿ hace mucho tiempo que habita usted en Auberive?

— Llegué anoche.

— ¿ Del convento, supongo?

— ¿ Por qué lo supone usted?

— Por las aficiones de usted á andar por mitad del campo y á comer manzanas verdes; y... también, por su aspecto.

— ¡ Por lo visto tengo aspecto de colegiala! — insinuó con despecho la joven. Luego, notando que el forastero le miraba las medias, una de las cuales estaba agujereada, se ruborizó y apoyán-

dose en una rodilla, con ligereza gentil se puso de pie en la cruz del manzano, y se mantuvo erguida, sosteniéndose con una mano en el ramaje y arreglándose con la otra la falda, púdicamente.

Ahora Francisco la contemplaba de cuerpo entero : era alta, esbelta y bastante graciosa en sus movimientos de gato montés.

— ¿ Qué edad cree usted que tengo ? — preguntó irguiéndose más en su rústico pedestal.

— Quince años... poco más ó menos.

— ¡ He cumplido diez y siete ! — exclamó, poniéndose casi sobre las puntas de los pies.

— ¿ De veras ? ¿ Entonces ya ha salido usted definitivamente del colegio ?

— Así hubiera sido ; pero se atravesó el próximo casamiento de mi madre adoptiva... Probablemente, para que no moleste, me tendrán encerradita otro año.

El tono de desagrado con que se expresó, indicaba que no sentía mucho entusiasmo por el acontecimiento que iba á verificarse en la Man-cienne.

— ¡ Ah ! — murmuró hipócritamente Pommeret. — ¡ La señora de Lebreton contrae segundas nupcias !... ¿ Conoce usted al que ha de servirle de padre político ?

— No — contestó la joven, encogiéndose de hombros. — Está ausente... A mi madre, naturalmente, le parece ideal su futuro ; la prueba es que se casa : pero yo ni sé la edad ni el aspecto de ese caballero... Por lo demás — añadió gesticulando — me figuro cómo será : un señor formal, prendido con veinte y cinco alfileres, y ya viejo.

— ¿ Por qué ha de ser viejo ?...

— ¡ Canastos ! Porque mi madre no es joven, y supongo que su marido será mayor que ella.

— Pero ¿ qué edad tiene la señora de Lebreton ? — preguntó el guarda-general, mordiéndose los labios.

— ¡ Treinta y cuatro años, cuando menos !

— ¿ Y á eso le llama usted no ser joven ?

— ¡ Caracoles !... Para un anciano eso es juventud, pero para mí resulta vejez... ¿ Y para usted ?...

— No puedo ser buen juez en el asunto, y además, probablemente usted me incluirá también en la categoría de los viejos.

— ¿ A usted ?... ¡ Qué gracia !... ¡ Aguarde ! Lo miró atentamente de pies á cabeza, y parecía pasear con gusto la vista por la barba rubia y bien cuidada, por el pecho amplio y por toda la arrogante figura de Francisco Pommeret. Y mien-